

LA ALDEA SIN ALMA Y OTROS CUENTOS

AIDA PONTES BALANZA
VERÓNICA AGURTO MEJÍA
FRANCISCO JAVIER SUSARTE ALMODÓVAR,
LUCÍA ROSA VALERO MORENO
INMA NACHER RUBIO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



LA ALDEA
SIN ALMA
Y OTROS CUENTOS

AIDA PONTES BALANZA, VERÓNICA AGURTO MEJÍA,
FRANCISCO JAVIER SUSARTE ALMODÓVAR,
LUCÍA ROSA VALERO MORENO
E INMA NACHER RUBIO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2018

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Surangkana Jomjunyong

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: La aldea sin alma y otros cuentos

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2018

C/ Carril de los Juanes, 12

30012-Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-2-8

Depósito Legal: MU 572-2018

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	5
QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER ÉRASE TU VEZ	7
MAYA	9
EL ÚLTIMO CORAZÓN DE DRAGÓN	19
LA ALDEA SIN ALMA	33
LA BÚSQUEDA INEVITABLE	47
LA VOZ	53
“AHORA TE TOCA A TI”	61
“ÉRASE TU VEZ”	65
ANEXO	71

PRÓLOGO

Hay una luz difuminada que inunda la sala de trabajo, la cámara de vídeo está lista para grabar los cuentos. Es la cosecha, o la última batalla en la que hay que luchar para poder volver a nacer, para ser conscientes de los capítulos vividos en esta inmensa y apasionante novela que es la vida.

Segunda edición del curso Érase tu vez. Murcia, marzo de 2018, Casa de la Piedra. Cinco personas como cinco continentes. Francisco Javier Susarte Almodóvar, Inma Nacher Rubio, Aida Pontes Balanza, Verónica Agurto Mejía y Lucía Rosa Valero Moreno. Cinco historias vitales que se enlazan entre sí para descubrir que comparten una misma urdimbre, forman parte del Tapiz Sagrado y ahora son más conscientes de ello.

Escribir la historia de tu vida es un acto de amor hacia ti mismo, hacia ti misma. Es un homenaje a tantos personajes como han pasado por tu historia, seres queridos, odiados, olvidados, recordados, escondidos bajo las alfombras del olvido o colocados en los altares del agradecimiento.

Al escribir tu historia levantas un acta notarial de tu tránsito a través de las delicadas fuentes de la vida, manantiales de experiencias, sensaciones, miradas y sonrisas. Y también llantos, muchos llantos

que, para algunas personas, modifican y reajustan la brújula que les guía, GPS transcendental.

Y una vez acabada la tarea queda el compromiso de escribir el final y a eso se han lanzado, con voluntad de exploradores cósmicos, los asistentes al taller. Han enviado, en clave simbólica, un mensaje al futuro que cada noche les visita; han contado... —se han contado— cómo quieren vivir el resto de sus días; se han adueñado de su vida —no podía ser de otra forma— y ahora quieren vivirla con su criterio, sin el pasado opresor ni el bloqueo del sistema que los engendró. Han agradecido tanto como han recibido y han completado el viaje del héroe como grandes protagonistas de su vida. Y en la comunidad los recibimos como los grandes héroes míticos que son.

¿QUÉ ES Y CÓMO SE DESARROLLA EL TALLER ÉRASE TU VEZ?

Un grupo de personas se recluyen durante un largo fin de semana para contar la historia de su vida en clave simbólica, como un cuento maravilloso. Y esto que parece nada, es todo.

Antes de venir ya se habían lanzado a rescatar de la memoria los recuerdos que el inconsciente permite alumbrar. Y con este trabajo hecho empieza el taller. Baile, juegos, risas, ejercicios muy serios, emociones y poesía. Esos pocos ingredientes y muchos otros que aportan las metáforas, los símbolos y la relación entre iguales van a ir tejiendo el trabajo del fin de semana.

Tendrán que aprender el lenguaje de la metáfora, tan olvidado ya, y para eso los juegos y ejercicios que les planteamos les hacen rescatar una memoria atávica, algo inserto en el bagaje cultural de cada ser humano, como un ADN poético, que les hará poder afrontar la escritura de su cuento.

Llega la hora del cuento final y, junto al miedo instalado, la sorpresa de lo conseguido, de ver que se puede hacer sin problemas, que cualquiera puede escribir el cuento de su vida y conjurar fantasmas.

Y cuando pensamos que todo está correcto, la cámara nos mira para que le contemos el cuento, ahora con el código oral, haciendo

gala de una gran memoria. Y es este último combate el más decisivo, porque la cámara se ha convertido en un dragón de grandes fauces, en un espejo mágico que nos devolverá nuestra imagen tal y como la mostramos, o como creemos que la mostramos.

Nos despedimos con la nostalgia del adiós, pero con la grandeza de haber participado en algo que nos llena de vida: nuestra vida es tan intensa e interesante como la de nuestros compañeros del curso y, quizás, como la de toda la humanidad, es cosa de los arquetipos.

*A todas las personas que sois y hacéis bonito
para los demás, muchas de vosotras me enseñáis a
desplegar mis alas cada día.
En especial, a Jimena y Juan Abel.*

MAYA

AIDA PONTES BALANZA

Había una vez un estanque. Mamá y papá patos esperaban con excitación la llegada de su segundo bebé patito. Toda la familia aguardaba expectante. Todos, excepto Maya, la cual, como aún era pequeñita, vivía inmersa en su etapa de polluelo y todos los preparativos le eran ajenos.

Al fin, en una fría mañana de febrero, llegó el momento, y el tan esperado bebé patito resultó ser una graciosa y pequeña patita, Cuchi. Todos estaban felices. Maya la observaba con mucha atención, como queriendo desentrañar el misterio de tan extraordinario ser. Pasaban los días y la patita bebé no decía ni cuá, por lo que Maya decidió volver a ocuparse de sus cosas del estanque. Además, ahora resultaba que los patos y patas adultos, estaban tan ocupados con Cuchi, que a ella nadie parecía verla. Entonces Maya, con el objetivo de que la vieran, y aconsejada por la Rana Sabia del lugar, comenzó a estornudar. Y no se le daba mal: ¡cuach, cuach, cuach!, estornudaba Maya, de día, de noche, y de madrugada. Papá y mamá pata llevaron a Maya a los pediatras veterinarios del estanque, y, ni el más prestigioso del lugar, que habitaba en un recóndito rincón del bosque, consiguió encontrar la causa de sus graznidos. Al final, Maya se cansó de tantos médicos y remedios medicinales y dejó de graznar.

A Maya le gustaba mucho cuando sus platytitos acudían a jugar algunos ratos con ella. Suerte que Cuchi se pasaba largos ratos durmiendo. Bueno, jugar, era un decir... a menudo, en aquellas aventuras Maya salía despedida volando por los aires o le hacían cosquillas. A veces le traían alguna sorpresa, un cuento o una chocolatina, que a Maya, le gustaba mucho. ¡Mucho muchísimo!

Un día, no sabemos si bueno o malo, mamá y papá pato le dijeron a Maya que ya había llegado la hora de que fuese al colegio. Le explicaron que allí tendría muchos amiguitos, que jugaría mucho, y que se lo pasaría muy bien. ¡Papá y mamá no dieron ni una! Para empezar, había que alejarse del estanque, después, entrar en una estrecha cueva con poca luz, y para terminar, aquellos “juegos”, muy divertidos no eran. Allí había muchos patitos como ella, y algunos se acercaron tratando de entablar amistad con Maya pero ella, por el momento, no parecía muy interesada.

Después de mucho, muchísimo tiempo... ¡una eternidad!, llegó el verano. Era el tiempo de ir a la playa. A la cabaña de los platybue- los acudían platytitos y platyprimos. El largo viaje de vuelo, las maletas, paradas en el camino, llegada... eran toda una aventura. Maya contemplaba absorta aquellos caóticos momentos y todo le parecía un lío tremendo, pero al poco tiempo lo encontraba divertido. Y además, le encantaba el sol, el olor de los pinos de la casa de los platybuelos, comer pececitos y arroz, chapotear a sus anchas, montar en bici... y lo que más, ¡aquel estanque tan grande que no se veía su final!, allí aprendió a zambullirse en el agua y nadar.

Pero los veranos, uno tras otro, acababan, y vuelta a empezar. Tenía que preparar su mochila, libros, cuadernos, estuche, baby, acordarse de echar el almuerzo, limpiarse su pico y, al cole a estudiar. A Maya no le gustaba nada, pero papá y mamá pata le decían que el cole era muy importante para tener un buen futuro. Ella no entendía muy bien qué significaba eso, pero una cosa estaba clara: que para ser importante y para que su bandada del estanque le quisiese, tenía que

ser una patita obediente. Así lo haría. ¡Ya volaría ella con la imaginación a bosques y lagos más divertidos!

Un día, no sabemos si bueno o malo, Maya descubrió el mundo de los cuentos. Ya no se sentía tan sola. Los cuentos que leía estaban llenos de animalitos que parecían conocerla “de toda la vida”, le daban pistas interesantes, y hasta le mandaban mensajes a su corazón.

—Cuá, cuá, cuá, leer es una aventura espectacular —se decía Maya, tras cada lectura.

Pero no fueron solo aquellas lecturas las que le apasionaron. Maya se hacía mayor, y un verano, obtuvo el permiso de sus padres para ir de viaje a conocer otro estanque diferente; bueno, en realidad allí donde iba, lo que había era un río y colinas con cuevas. Fue en una de aquellas cuevas donde se alojaron todos los patos que venían desde lugares muy lejanos. Y sucedió que, sin apenas conocerse, aquellos patitos comenzaron a hablar con su corazón... todos buscaban cómo mejorar los distintos lugares de los que venían. Maya se quedaba constantemente con el pico abierto, ¡aquella era la experiencia más diferente y bonita de su vida! Había tiempo para ayudar a los vecinos de aquel lugar, jugar, cantar, chapotear, para cocinar entre todos y hacer sus propias coladas. Entre una actividad y otra, conoció a un patito que le pareció el más curioso y divertido que había visto en su vida. Y entre juegos, chapoteos y aleteos, aquellos dos jóvenes patitos se enamoraron. Ella no sabía muy bien qué era eso de enamorarse, pero sentía que era lo más espectacular que le había pasado en su vida. Ese patito “la veía” y le gustaba estar con ella, y ella, aunque al principio sintió un poco de vértigo y de miedo porque le daba la impresión de que se le iba a salir el corazón por el pico, rápidamente aprendió a dejarse llevar y a saborear aquellos momentos. Maya, de tanto estudiar, había olvidado lo maravilloso que era no pensar; eso, y la novedad de dar y recibir abrazos... ¡de los que salían fuegos artificiales!

Terminó el verano y Maya debía regresar, tras un largo vuelo de vuelta, a su estanque, junto a los suyos, y comenzar sus estudios en la

Real Universidad de Anadus hispanicus. Se despidió de su primer y gran amor de verano conservando en su corazón el calor, la confianza y la fe de quien ya sabe que el amor existe.

Maya volvió a su vida ordinaria y, mientras se hacía mayor, de la bandada familiar iban emprendiendo vuelos sin retorno sus queridos y ancianos platybuelos y, de forma inesperada, también lo hizo una de sus entrañables y cariñosas platytitas, atravesando tan dolorosos momentos para toda la familia. Sus ocupaciones se volvieron más “serias”, poco a poco fue distanciándose de sus papás patos, y de su estanque de nacimiento. Maya volvió a sentir esa vieja conocida sensación de soledad, y de no ser vista ni reconocida por nadie. No obstante, un simpático patito llegó a su vida, y enseguida se hicieron inseparables amigos de alma y compañeros de aventuras. Juntos crecieron y se acompañaron durante aquella etapa de estudios universitarios, soñando con un futuro en común.

Un día, no sabemos si bueno o malo, a Maya y a su amado amigo, les llegó la hora de despedirse, y decidieron desplegar sus alas en direcciones diferentes. Maya se atavió con un pequeño zurrón rojo como equipaje y partió lejos de todo aquello que había conocido hasta entonces. El viaje no estuvo exento de peligros, pruebas y tormentas, que sumían a Maya en situaciones de agotamiento y desesperación, y que la llevaban a sentir no sólo soledad, sino también miedo, asco, rabia, enfado, frustración... Pero casi siempre, la curiosidad, y otras veces “doña necesidad” —como lo llamaba su platybuela—, ganaban la partida y Maya conseguía salir airosa de cada situación. Maya era lista y aprovechaba todas sus oportunidades para aprender y ampliar su campo de vuelo. Cada vez con más facilidad lograba encontrar los lugares que más le gustaban. ¡Había rincones tan bellos en su nuevo mundo! Cada día le esperaban nuevas aventuras, oportunidades, amigos y amores. Maya aprendió a volar alto, a nadar profundo, a perfeccionar técnicas de vuelo artístico, de graznido, a expresar sus anhelos más profundos, a dejarse llevar, y a

confiar... Aprendió a no hacer mucho caso de lo que había aprendido en su vida pasada, pues muchas de aquellas cosas, académicas o del legado familiar, ya no le servían, y otras, las veía de manera tan distinta... Así pasaba sus días sumergiéndose en cuantos estanques, lagunas, lagos y ríos se cruzaban en su camino. De esta manera fue sintiéndose cada vez más libre, tan libre que quiso enseñar sus técnicas de nado, graznido y vuelo a todos los patitos y comunidades de animalitos para que pudieran disfrutar tanto como ella. ¡Eso sería maravilloso! Así es que se puso plumas a la obra.

Pronto se dio cuenta de que aquello no era más que una ilusión. Su mensaje de esperanza no era tan fácil de transmitir, ni siquiera muchos habitantes del lugar parecían necesitarlo, valorarlo o entenderlo. Y es que en su zurrón encarnado, además de sus sueños, se habían colado sus antiguos temores, miedos, máscaras y hasta su sensación de soledad. Se preguntó si todo aquello que creía que había avanzado no había sido otra más de sus ensoñaciones. Quería sentirse ciudadana del mundo, transmitir sus valores y mensajes, pero ahora se daba cuenta de que algo se lo impedía: había partido lejos de su familia, pero su legado interior le perseguía.

Como Maya era una exploradora, tampoco esta vez se quedó sin recursos y tuvo una gran idea. Con agradecimiento profundo por el servicio prestado en su caminar, quemaría su zurrón, y así se desprendería de una vez por todas de las tristezas, soledades y sinsabores del espíritu del estanque del que procedía. Y así lo hizo. Por unos días, se sintió más libre, y ligera. Pero pasados otros tantos, aquellas incómodas sensaciones volvieron a aparecer.

¡No podía ser! ¿Otra vez? ¡Pero si se había deshecho de sus pertenencias!

—¿Dónde diablos andarán metidas ahora? —se preguntaba la patita, medio enfadada medio resignada.

De repente, escuchó una voz que le sumió en el más absoluto pavor:

—Ah, ¿es que aún no lo sabes? Tan lista para unas cosas... Estamos aquí, dentro de ti, en tu interior —le respondió una voz que parecía salir de una resonante cueva.

—¿En mi interior? —se atrevió a responder, mientras trataba de encajar su asombro.

—Sí, Maya, en tu interior: en tu corazón, en tu sangre, en tus huesos, tu piel y en cada pluma de tu ser. Formamos parte de ti.

La conversación no auguraba un buen final, así es que nuestra ave no se atrevió a seguir preguntando, se sentía abatida y desorientada. Maya no sólo había perdido el Norte, sino también el Sur.

Desde aquel momento, Maya dejó de perseguir corrientes de aire, de chapotear, palmotear y navegar de aquí para allá. Sencillamente se rindió. A veces era muy aburrido estar sin hacer nada -nunca le habían enseñado a hacer eso-; otras veces, no le gustaba lo que veía; pero otras, apreciaba su propia compañía en los momentos de vacío. A veces lloraba, otras reía o graznaba sola... y otras se entretenía con dibujos que formaban las hojas, las nubes, o cualquier otra cosa que encontraba a su alrededor.

De repente, como si le hubieran regalado unas gafas con aumento y oídos nuevos, se dio cuenta de que había muchísimos más seres vivos de los que ella hubiera imaginado nunca: cuando se adentraba en el bosque en su paseo diario, por rincones secretos, descubría el mundo de nuevos roedores como las ardillas; bellas mariposas que volaban como si fueran hadas; anfibios y reptiles, como los camaleones, con su magia estereoscópica y cromática. Todos ellos tenían sus idiomas, y ella, si prestaba mucha atención, podía entender algunos mensajes importantes, sencillos y reveladores que le llevaban a otros puntos en el camino. Llegó a entablar amistad con mariposas y a conversar con camaleones de aquellos secretos rincones. Le hablaban de la existencia de otros seres invisibles para su especie: en los lagos vivían hadas, magos, gnomos, ninfas, sirenas, elfos... y ¡por supuesto que existían también los ogros y los dragones! Comenzó

a prestar atención y a escuchar con sus oídos nuevos, y se aplicó en los distintos idiomas que podía escuchar. Hablaba con búhos, ranas, hormigas, zorros, grillos, águilas... hasta aprendió a entonar melodías con las hojas de muchos árboles y plantas que habitaban bosques, riberas, montes, ríos y praderas.

¡Qué bonito era tener amigos tan diversos, era tan sencillo! A Maya le cambió la mirada. Ahora podía ver y hablar desde el corazón.

Maya caminaba a diario y en uno de esos días de primavera que merodeaba conociendo bellos páramos, se sorprendió al encontrar a otro corazón patuno que hablaba el mismo idioma que ella. Maya lo reconoció por su sencillez, humildad y, a la vez, majestuosidad. Junto a él sentía que crecía, que era libre, aceptada, valorada, apoyada, amada. En su compañía extendió sus alas y surcó corrientes de aire y mareas, con la confianza de aquel a quien se le ha prendido el corazón. ¡Qué bello y fácil le resultaba el vuelo ahora!

Fruto de aquel encuentro, les fue concedido el más preciado de los tesoros: una hermosa, fuerte y sabia polluela, que nada más nacer, volvió la vida de esta pareja del revés. A Maya le volvió a cambiar la mirada, que ahora adquiriría una nueva profundidad y humildad, esa especie de sabiduría amorosa que caracteriza a todas las mamás. Algo en su interior se encendió. Era la llama de la sabiduría ancestral de su linaje, y ahora le era permitido acceder a ella. Maya lloró. Reunió a sus antepasados y los honró con humildad y sincero agradecimiento. A partir de este momento, Maya, reconociendo y aceptando el lugar que ocupaba dentro de su bandada, se reencontró con su fuerza, que siempre había estado pero había permanecido oculta. No la había sacado por miedo a herir a los que la rodeaban. Aprendió a crear y confiar en la vida, en ella misma y en los demás. A través de estas patunaduras, Maya había descubierto el idioma universal de la autenticidad del corazón. Desde entonces, disfrutaba de ser ella misma, acompañando y sintiéndose acompañada por los espíritus del estanque, en ese hermoso y a veces difícil viaje que era la vida.

*A mi madre, fuente inagotable de amor.
A mi padre, encantador de letras y de risas.
A mi hermana, salvadora de vidas.
A mis amigas, cómplices y hermanas que me han dado cobijo.
A mi esposo, compañero que me inspira y me incita a volar.
A mi hijo, regalo divino y maestro que me enseña a vivir.
A mi maestro espiritual, eterno amigo que guía mis pasos.*

EL ÚLTIMO CORAZÓN DE DRAGÓN

VERÓNICA AGURTO MEJÍA

Erased una vez un Rey y una Reina que vivían en un castillo situado sobre una colina. Eran respetados y admirados por todos. Tenían una hermosa hija que acababa de cumplir un año y estaban celebrándolo con una gran fiesta. Al atardecer, llamó a la puerta un hada que no había sido invitada y que llevaba en sus manos un hermoso canasto blanco. En el cesto yacía una linda bebé de gordas y coloradas mejillas. El hada explicó que la Diosa del Bosque le había encomendado encontrar unos padres que pudiesen cuidar de esa niña porque corría un gran peligro: un duende malvado quería hacerle daño. El hada había buscado mucho y, al ver aquel castillo con sus enormes murallas, su barbacana y su foso, pensó que no podría encontrar un lugar más seguro para la niña. El Rey y la Reina dudaron por un momento, ya tenían una hija pero, al ver el rostro risueño de la pequeña recién llegada, se enamoraron de ella y decidieron aceptar la misión. El hada se alegró mucho y les entregó a la niña, no sin antes lanzarles una advertencia:

—Recuerden siempre cuidar de ella y, sobre todo, nunca la dejen acercarse al bosque. ¡Ése es el lugar donde viven los duendes!

—Y tocando a la bebé con su varita mágica le dijo:

—Y a ti, mi pequeña Berenice, te concedo tres dones: la compasión, la valentía y la escucha.

La besó y se marchó tan rápido como llegó.

El Rey y la Reina criaron a sus dos hijas con mucho amor: la Reina les daba de comer, las vestía y cuidaba y el Rey les cantaba canciones, jugaba con ellas y les contaba historias. Las dos niñas eran felices y jugaban por todo el castillo. A Berenice le encantaba bailar y actuar en pequeñas funciones que creaba ante los ojos complacidos de sus padres, le gustaba también aventurarse fuera de las murallas del castillo. Su don de escucha le permitía entender el lenguaje de los animales y, a veces, se acercaba a las orillas del bosque para escucharlos aunque sus padres se lo tenían terminantemente prohibido. Apreciaba particularmente el canto de las aves, siempre tenían cosas interesantes que contar porque eran las que habían viajado más lejos. Le fascinaba escuchar sus historias e imaginarse todos esos lugares de los que hablaban.

Un día se acercó al bosque un poco más que de costumbre y de pronto vio salir a un ser pequeño y verde que llevaba un sombrero más grande que su cabeza y zapatos en forma de punta. Berenice se imaginó que era uno de tantos animales del bosque que nunca había visto. Con su habitual calidez, se acercó a saludar al extraño ser. Él le sonrió y esperó a que estuviera suficientemente cerca, entonces la agarró fuertemente con una mano y con la otra le clavó una daga en la espalda. Desapareció tan rápido como había aparecido. La niña sintió un inmenso dolor y gritó con todas sus fuerzas, pero nadie la escuchó. Se quedó ahí llorando mucho rato, hasta que al fin encontró la fuerza para levantarse y regresar al castillo en donde su familia la estaba esperando preocupada. La princesa no quería que nadie se enterara de lo que había sucedido pues había desobedecido las órdenes de sus padres y le daba mucho miedo el castigo que podría recibir. Así que mintió y les dijo que se había quedado dormida en un rincón del jardín. Se puso una capa para cubrir la daga en su espalda y no se la volvió a quitar.

Nada volvió a ser como antes. La daga incrustada le causaba

mucho sufrimiento, aunque, cuando no se movía, el dolor era más soportable. La princesa dejó de bailar y correr por el jardín. Casi siempre se la veía deambulando por ahí con su capa negra. Jugaba a veces con su hermana, otras sola, pero siempre dentro del castillo. No se volvió a aventurar a orillas del bosque aunque pasaba mucho rato mirando los árboles a lo lejos y escuchando a las aves por la ventana de su habitación. Con el paso del tiempo llegó incluso a olvidar lo que había sucedido. No se sentía ni feliz ni triste. Su momento alegre del día era por la noche cuando su padre, el Rey, le leía los cuentos, que le había escrito con su pluma azul, para hacerla dormir. Esos cuentos eran mágicos, le hacían llorar de emoción, reír a carcajadas y su parte preferida era siempre el final, cuando su padre le daba un beso en la frente y la abrazaba tiernamente. ¡Se sentía tan segura y querida en sus brazos!

Un día una viejecita llegó a las puertas del castillo, rogaba que le dieran acogida porque estaba muy cansada, había recorrido un largo camino. La Reina ordenó que le prepararan la mejor habitación. Era una viejecita sonriente y de mirada muy tierna. Se quedó algunos días con la familia Real, Berenice le tomó mucho cariño y la seguía a todas partes. La viejecita le describía los lugares que había visitado y le enseñaba cómo había sobrevivido en el bosque durante tantos años, sorteando los peligros que en él acechaban. Una mañana, de madrugada, la viejecita despertó a Berenice y le dijo:

—Hija mía, ha llegado el momento de marcharme. Debo continuar mi camino, ya casi he llegado a mi destino, pero antes quiero dejarte un regalo, es lo más preciado que tengo.

Con gran delicadeza, la viejecita tomó un enorme diamante, lo puso en la mano derecha de Berenice y agregó:

—Este diamante iluminará tu camino como ha iluminado siempre el mío. ¡Adiós mi pequeña!

La abrazó con fuerza, se dio la vuelta y salió de la habitación riendo y cantando como siempre.

Unos días más tarde el Rey salió de cacería al bosque con algunos de sus lacayos. Berenice, como de costumbre, esperaba su retorno mirando por la ventana de su habitación. Se sorprendió al ver regresar a los sirvientes solos y salió a su encuentro preguntando por su padre. Estos le contaron que al adentrarse en una parte oscura del bosque, había salido a su encuentro una bruja que había convertido al Rey en sapo sin que tuviese tiempo de reaccionar. El sapo había comenzado a saltar sin sentido y luego había caído en el pozo del “no retorno”. Berenice no lo podía creer, todo el mundo sabía que nadie regresaba de ese lugar. La Reina y las dos princesas lloraron durante 7 días y 7 noches, al cabo de las cuales Berenice dejó de llorar, se puso la capucha de su capa negra y juró que no se la quitaría jamás.

La Reina tuvo que ponerse al frente del Reino y ejerció su papel con mucha fuerza y sabiduría. El Reino fue muy próspero mientras ella estuvo al mando, nunca les faltó nada y las dos princesas recibieron mucho amor y dedicación por parte de su madre. Berenice ayudaba a la Reina en todo lo que podía para aligerar su carga, las dos compartieron mucho tiempo juntas y llegaron a ser muy buenas amigas. Durante la noche, la Reina lloraba a escondidas en su habitación, pensaba que nadie la escuchaba pero Berenice era la única que, por su don de escucha, podía oírla gemir incluso a través de las paredes.

En sus pocos momentos de descanso, Berenice seguía observando los lejanos árboles sentada desde su ventana. Un día escuchó que había un gran revuelo entre los animales del bosque e interrogó a un pájaro que se acercó a su ventana. El ave le contó que la Diosa del Bosque había desaparecido y que nadie la podía encontrar. La Diosa del Bosque era la responsable de la vida en ese lugar, sin ella el bosque y todo lo que vivía en él se iría muriendo poco a poco. ¡Todo! Las plantas, las flores, los árboles, las aves... Berenice sintió una profunda tristeza. ¡No, las aves no! ¡Ellas eran

sus únicas amigas y no podía permitir que murieran! Pensó que, gracias a lo que la viejecita le había enseñado y a los dones que poseía, podría escurrirse en el bosque, interrogar a los animales y averiguar dónde estaba la Diosa.

Se levantó de su silla, tomó su diamante, la pluma azul de su padre que conservaba con gran amor en su mesita de noche, y con paso firme salió de su habitación decidida a buscar a la Diosa. De repente un pensamiento la detuvo: el recuerdo de su madre llorando por las noches. ¿Quién la consolaría cuando ella no estuviera? En ese preciso instante la Reina salió de su habitación, se acercó a Berenice suavemente y, con lágrimas en los ojos pero con voz firme, le dijo:

—¡Ve hija, tu hora ha llegado! No te preocupes por mí. Yo estaré bien. ¿Crees que no me doy cuenta que siempre estás mirando por la ventana? Sabía que tarde o temprano este momento llegaría y es por eso que guardé esto para ti.

Sacó una preciosa cajita de terciopelo azul y se la entregó. Al abrirla, Berenice encontró un hermoso y diminuto objeto dorado, era una llave.

—Esta llave abrirá todas las puertas que encuentres en tu camino, así como ha abierto aquellas que se atravesaron en el mío.

Berenice lloró, abrazó a su madre con gran fuerza, le dijo que la amaba, tomó la llave, bajó las escaleras, cruzó el umbral de la puerta del castillo, y emprendió camino hacia el bosque.

Se adentró en el bosque con paso decidido y caminó sin parar. Berenice no quería pasar la noche a la intemperie en aquel oscuro bosque que le inspiraba tanto miedo, así que preguntó a una ardilla que pasaba por ahí. La ardilla le señaló una dirección y le dijo que por allí encontraría una casa en donde sería muy bien acogida. La princesa siguió esa ruta y llegó a la casa al anochecer. Llamó a la puerta y le abrió una mujer que, con una gran sonrisa, le invitó a pasar, le dio de comer y le preparó una cama. Berenice se durmió

muy agradecida con la mujer por haber sido tan amable. Cuando se despertó estaba encerrada en una jaula. La mujer que la había recogido era un ogro que se disfrazaba para atraer a su guarida su plato favorito: jóvenes incautas como ella que se comía después de haberlas engordado. Berenice buscó en sus bolsillos y no encontró sus tesoros. ¡Estaba aterrada, sin ellos nunca podría liberarse de las garras de aquel ogro!

Pasaron muchos días, tantos que Berenice perdió la cuenta. Una tarde, mientras el ogro no estaba en casa, un curioso ratoncito blanco asomó su cabecita por un hoyo de la pared. La princesa lo llamó:

—¡Psst! ¡Ratoncito! ¡Por favor acércate que necesito tu ayuda!

Berenice le contó lo que había pasado y le pidió que le ayudara a buscar la llave. El ratoncito buscó en todos los rincones de la casa hasta que la encontró y se la llevó a la princesa. Berenice abrió la puerta, salió de la jaula, tomó su diamante y su pluma y corrió fuera de la casa. Vio llegar el ogro a lo lejos, pensó que estaría perdida y que nunca lograría correr más rápido que él. En ese preciso instante, el ratoncito se convirtió en un hermoso corcel blanco y le dijo:

—¡Berenice, sube, yo te llevaré lejos de ese odioso ogro!

Berenice subió y juntos se adentraron en el bosque y huyeron muy lejos. Cabalgaron día y noche durante varias lunas y, cuando estuvieron fuera del alcance del ogro, continuaron su camino a buen ritmo, deteniéndose solo para recoger frutos en los árboles y beber agua en el río. Se hicieron grandes amigos. Después de la experiencia con el ogro la princesa ya no quería pedir posada en ninguna casa, así que dormían a la intemperie en medio del bosque. A veces Berenice pasaba la noche en vela, estaba preocupada porque la Diosa seguía desaparecida y en el horizonte se divisaba ya una gran parte del bosque que se había hundido en la sombra.

Un día alguien les dio una pista de la Diosa del Bosque que se alejaba de la ruta del corcel y, con gran tristeza, los dos amigos se

separaron. Berenice continuó su ruta sola y se fue haciendo cada vez más fuerte y astuta para sortear los peligros del bosque. Además, su capa le ayudaba a pasar desapercibida y a escapar de los depredadores. Los animales eran sus amigos, le daban la energía que necesitaba para continuar su búsqueda. No había podido encontrar rastro alguno de la Diosa, los informantes se contradecían unos a otros y la enviaban en distintas direcciones. Berenice tenía la extraña sensación de dar vueltas y perder el tiempo mientras el peligro era inminente.

Cuando ya estaba muy cansada conoció un castor que le devolvió la fuerza, fue su compañero de viaje durante algún tiempo y llegaron a ser grandes amigos. Los días se le hacían mucho más llevaderos junto a él. Jugaban y se divertían mucho y llegaron a tener tanta confianza que un día Berenice se quitó la caperuza de su capa y le mostró su rostro. Esa misma noche la princesa fue despertada por desgarradores gritos y vio aterrada que a lo lejos se acercaba un enorme y espantoso Dragón que lanzaba llamas y destrozaba todo en su camino. Cuando el Dragón lanzó una llamarada en su dirección, Berenice tuvo apenas tiempo de cubrirse con su capa y se libró de que le prendiera fuego. Por desgracia su amigo el castor no corrió con tanta suerte y fue incinerado en el acto. Berenice sintió un profundo dolor, un dolor que no había sentido nunca antes. Gritó, lloró, maldijo al Dragón y le juró venganza mientras se alejaba en el horizonte. Se propuso seguirlo hasta el fin del mundo y se puso en marcha de inmediato.

Con lágrimas en los ojos pero sin detenerse, corrió día y noche persiguiendo al Dragón hasta que dio con su guarida situada en la cima del volcán Nirón. Escaló el volcán, se introdujo por una pequeña cueva y se adentró en las profundidades de las galerías, no sabía cómo iba a luchar contra aquel monstruo pero eso no la detuvo. Caminó hasta que pudo oír la lejana respiración del Dragón, pero ya no podía ver nada, estaba en la oscuridad total. De repente

notó que una pequeña luz salía de su bolsillo. Era su diamante que estaba centelleando, lo sacó y su deslumbrante luz blanca le permitió encontrar su camino. Cuando ya estaba a tan solo unos metros del Dragón, Berenice se topó con una gruta llena de espejos y vio su reflejo en cada uno de ellos. Al ver reflejada su capa pensó que ésta no le sería nada práctica a la hora de luchar contra el Dragón, así que sin pensarlo dos veces se la quitó. Al mirarse desnuda en los espejos, notó una protuberancia que salía de su espalda, era una daga. En ese momento recordó lo sucedido muchos años atrás. Entonces supo cómo iba a matar al Dragón. Entró en la gruta en donde yacía dormido y, cautelosamente, caminó sobre su cuerpo hasta llegar a la altura de su pecho. Inhaló profundamente, apretó los dientes para evitar gritar de dolor, se sacó la daga que llevaba en la espalda, la clavó en el pecho del Dragón y le sacó el corazón. El Dragón se despertó furioso y, de un zarpazo estrelló a la princesa contra el techo. Siguió una feroz lucha. Berenice no entendía cómo el Dragón podía seguir vivo sin su corazón y cómo el corazón seguía latiendo entre sus manos. Cuando el Dragón se disponía a darle el golpe final, Berenice, sin dudarle un segundo, se tragó el corazón. En ese instante el Dragón se desplomó inerte y Berenice se desmayó.

Cuando se despertó yacía recostada sobre una hoja gigante. Todo su cuerpo estaba rodeado de una coraza blanca que le impedía moverse. Se encontraba en un lugar que no se parecía a nada de lo que había visto hasta entonces. Todo era maravilloso: naturaleza frondosa, exóticas flores de aromas exquisitos, cascadas de agua cristalina, hermosas mariposas revoloteando por todas partes. A su lado una brillante hada que, con una sonrisa, le contó a Berenice lo que había sucedido:

—Hola Berenice, me llamo Bela y estás en el País de las Hadas. Su majestad, la Diosa del Bosque, se encontraba en el vientre del Dragón que combatiste, la había capturado hace muchos años y

se la había comido, por eso nadie daba con su paradero. Al matarlo la liberaste y como te encontrabas muy malherida, te trajo hasta aquí y me encargó de tu cuidado.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó la princesa.

—¡Ha pasado mucho tiempo pero por fin has despertado!

—¿Y por qué llevo esta coraza? ¡No me puedo mover!

—Las heridas que te hizo el Dragón fueron muy graves, te hemos envuelto con un vendaje que te ayudará a sanarlas. ¡Vas a tener que ser muy paciente!

Pasaron varios días y, aunque Berenice sentía dolor y no podía moverse, nunca se sintió sola. Después del hada Bela vinieron otras hadas a cuidarla, el hada Oro y finalmente el hada Flor que se quedó con ella mucho tiempo; también vinieron a visitarla toda clase de animales e insólitos seres que habían escuchado la buena nueva y querían conocer a la valiente princesa que salvó el bosque. Le traían todo tipo de presentes como agradecimiento. Un día llegó a visitarla un Gran Mago que había venido desde tierras muy lejanas porque quería conocer, no a la princesa que liberó a la Diosa del Bosque, sino a aquella que fue capaz de comerse el corazón del Dragón. Desde el primer momento en que miró sus infinitos y brillantes ojos, Berenice se enamoró de él, de alguna forma sentía que ya lo conocía y lo había amado en sus más hermosos sueños. Le conmovió que hubiese caminado tantas leguas solo para venir a verla.

—Hermosa Princesa, dime, por favor, ¿a qué sabe el corazón de un Dragón? —preguntó el Gran Mago—.

—¡Qué extraña pregunta! ¿Por qué lo quieres saber? —respondió Berenice—.

—Hace muchos años un oráculo me dijo que no encontraría el Verdadero Amor hasta probar el corazón de un dragón y desde entonces he dedicado mi vida a cazar dragones pero ninguno tenía

corazón. Comenzaba a perder la esperanza hasta que me contaron tu historia y aquí me tienes para preguntarte a qué sabe el corazón de un dragón.

—Si te digo a lo que sabe de nada te servirá, tienes que probarlo por ti mismo. Creo que todavía llevo alguna gota de su sangre en mis labios —dijo Berenice cerrando los ojos—.

El Gran Mago sonrió, se acercó a la princesa y suavemente besó sus tiernos labios. Así pudo probar la sangre del corazón de un dragón y encontrar a su Verdadero Amor.

A la mañana siguiente cuando despertó, la princesa se vio rodeada de todas las hadas. Una de ellas, la más grande y bella, brillaba con un fulgor especial. Era la Diosa del Bosque que se acercó a Berenice y tocó su frente con el dedo pulgar. No pronunció ni una sola palabra, pero la princesa lo entendió todo. En ese preciso instante la coraza que rodeaba a Berenice se rompió, de su espalda salían dos hermosas y enormes alas blancas.

—Sí Berenice, —dijo la Diosa del Bosque —esa coraza era en realidad tu crisálida. Las hadas no nacemos con alas, nos las tenemos que ganar. ¡Tú has merecido las tuyas! ¡Gracias por salvar mi vida, valiente Hada Blanca!

Y, tocando la pluma azul de Berenice con su varita mágica, agregó:

—Esta pluma será tu varita mágica, con ella podrás curar a todas las aves del mundo.

Berenice se sentía inmensamente feliz, desplegó sus enormes alas y trató de volar pero no pudo.

La Diosa del Bosque rio y dulcemente dijo:

—No te preocupes, aprenderás a volar, solo necesitas tener paciencia. ¡No tengas tanta prisa!

Y, dirigiéndose al resto de los presentes, agregó:

—¡Y ahora vamos a celebrarlo, éste es un día de fiesta!

Todos cantaron y se divertieron. ¡Berenice bailó y rio como

nunca antes lo había hecho! La fiesta duró varios días al cabo de los cuales el Gran Mago llevó al Hada Blanca a orillas del río y le propuso matrimonio. Berenice aceptó. La boda se celebraría en las tierras del Gran Mago. Aunque estaba muy feliz en el País de las Hadas, Berenice tenía muchas ganas de regresar al bosque para poder utilizar su varita mágica y curar a todas las aves heridas que había encontrado en su camino. Ese mismo día se despidió de sus hermanas hadas y sobre todo de Bela, Oro y Flor que la habían cuidado con tanto amor. La Diosa del Bosque aseguró a los novios que tendrían siempre su protección y que podrían regresar cuando quisieran. El Hada Blanca y el Gran Mago dejaron así el País de las Hadas y se dirigieron de nuevo hacia el bosque.

Caminaron durante muchas lunas hasta llegar al país del Gran Mago, allí se prometieron amor eterno a orillas del mar y a la luz de la luna llena. El Gran Mago construyó una linda casa de madera y el Hada Blanca se encargó de decorarla con hermosas flores de todos los colores. Los dos la llenaron de mucho amor y felicidad.

Un día, mientras se preparaban para ver el amanecer, el lucero del alba se acercó a ellos llevando consigo a un recién nacido, se lo entregó a Berenice y le dijo que era el primogénito de la Diosa Luna y el Dios Sol. A su nacimiento, todas las personas del Reino del Sol se sorprendieron al ver que el bebé era de carne y hueso. ¿Cómo podría un humano heredar el Reino del Sol? ¿Y cómo podrían cuidar de él? ¡Un bebé de carne y hueso no podía vivir en el cielo! La Diosa Luna, que lo observa todo en el mundo, conocía al Hada Blanca y al Gran Mago y sabía que con ellos su hijo estaría en las mejores manos. Les pedía que cuidaran de él hasta que pudiera regresar a su hogar y reclamar el trono que le correspondía. Berenice y el Gran Mago se sintieron honrados y agradecidos por la confianza que la Diosa Luna había depositado en ellos y al ver al precioso niño quedaron cautivados por su belleza. Tenía hermosos y brillantes ojos e iluminaba todo con su presencia y su generosa

sonrisa. Una radiante luz emanaba de todo su cuerpo. Lo acogieron con mucho amor y comprendieron que había llegado el momento de emprender un nuevo viaje. Tomados de la mano y llevando al niño en brazos, se pusieron en marcha en dirección del Sol.

*A todos los que en algún momento del camino
han perdido su alma*

LA ALDEA SIN ALMA

FRANCISCO JAVIER SUSARTE ALMODÓVAR

Erased una vez un niño valiente y curioso llamado Adrián que vivía en una aldea cerca del bosque. Su padre pasaba todo el día recogiendo leña. Su madre se ocupaba de las tareas domésticas desde el amanecer y después ayudaba al marido a vender la leña en el mercado. Los dos regresaban a casa, bien entrada la noche, cansados y apenas pasaban tiempo con Adrián y su hermana.

Cuando Adrián acababa las clases del colegio cada tarde le gustaba jugar con los amigos en el patio hasta que cerraban las puertas y se tenían que ir... ¡se lo pasaba pipa! No como en clase, donde se aburría bastante y tenía mucho miedo de algunos profesores que solo sabían mandar deberes y hacer exámenes para poner nota.

Después de jugar salía a dar largos paseos por el bosque; conocía todos los caminos y senderos. De su padre aprendió a reconocer las plantas, las aves y a los demás animales del bosque; sabía sus costumbres, los lugares que frecuentaban, lo que comían, y hasta llegó a entenderse bastante bien con ellos.

Le gustaba observar los mil detalles que ofrecía el bosque cada día: cómo variaban de color las plantas y los árboles conforme avanzaba la luz del sol; o las formas cambiantes de las nubes

que se desplazaban en el cielo entre las copas de los árboles. Sabía reconocer por sus cantos las distintas variedades de pájaros que vivían en el lugar y acercarse a ellos con mucho sigilo sin que lo descubrieran; se quedaba fascinado con el colorido de sus plumajes en cada estación, cómo se respondían o acudían a sus llamadas desde otro lugar del bosque, sus vuelos, cómo se remojaban en las fuentes y luego peinaban sus plumas, o se daban baños de arena. Le fascinaba el sonido del viento —a veces fuerte, a veces brisa—, el murmullo de las fuentes, el crujido de las piñas y las ramas, los olores que flotaban en el aire a cada paso y decían qué flores estrenaban perfume y vestido nuevo esa primavera, qué frutas estaban maduras e invitándole a merendar, qué arroyo podía o no debía cruzar según la fuerza de la corriente, y muchas cosas más, porque todo en el bosque, absolutamente todo, estaba vivo y hablaba con su lenguaje de bosque.

Desde que era pequeño Adrián llevaba una flauta de caña en el bolsillo como las que su abuelo le enseñara a construir, y le gustaba convertir en melodías las frases del bosque. Por ejemplo, cuando el viento silbaba con voz grave y creciente y hacía ajetrearse cada vez más las hojas de los árboles, Adrián apoyaba su flauta en los labios y, moviendo ágilmente sus dedos sobre los agujeros, sonaba...la si la si do re do re mi fa mi re do re do si laaaa. Cuando se encontraba con una oruga que cruzaba el sendero, Adrián se arrodillaba unos instantes para observarla y la animaba con un lento...laa sib laa sol faa sol sool# la faaa miii reee. Y así hacía a cada paso con todo lo que se encontraba.

—Deja de tocar tonterías y estudia bien las partituras de las marchas militares, o nunca entrarás a formar parte de la Banda Real. ¡Estás desperdiciando tu talento! —le decía el maestro de música. Pero a Adrián no le interesaban las marchas militares, firmes y serias, ni la Banda Real.

Cuando Adrián estaba en la escuela, se sentía desconcertado.

No entendía la manera en la que los maestros hablaban del bosque: había que memorizar largas listas de minerales, su composición química, las plantas según su clasificación, los tipos de cultivos y su producción en las distintas partes del mundo, y muuuuchos más datos, para aprobar los exámenes. ¡Que rollo! Pero nunca hablaban de lo que el bosque contaba a través de sus voces. En realidad, en la aldea casi nadie conversaba ya con el bosque. Sólo algunos niños y unos pocos ancianos lo hacían.

Gerardo era uno de esos ancianos. Todos lo conocían en la aldea, aunque nadie sabía de dónde había venido ni la edad que tenía. Algunos adultos contaban que Gerardo ya era igual de viejo cuando ellos eran niños. Decían que con la vejez había perdido el juicio y la sensatez.

Adrián, por supuesto, disfrutaba con la compañía de Gerardo. Desde siempre le habían gustado las historias que contaba; historias de un tiempo en el que todo era muy diferente a su aldea tal y como él la conocía. Contaba que tiempo atrás era algo habitual ver a un vecino negociando con dos bueyes para que le ayudaran a labrar y abonar el huerto a cambio de comida, abrigo y cuidados para ellos y sus crías; o pactar con las gallinas para protegerlas de los zorros a cambio de 4 ó 5 huevos a la semana; o cada vez que un leñador talaba un árbol se comprometía a aprovechar toda la madera y le daba las gracias de distintas maneras: si construía una casa, tallaba en la puerta un dibujo que lo recordara; si fabricaba muebles, hacía una reverencia ante ellos cada vez que los usaba; si era para calentarse, agradecía su calor con otra reverencia; y siempre plantaba dos árboles en el lugar del que había cortado.

Gerardo tarareaba preciosas melodías y bailaba con gracia alegres danzas que, tiempo atrás, se tocaban y bailaban en celebraciones como la llegada de la primavera, el nacimiento de un hijo, la despedida de un ser querido, o una buena cosecha. A Adrián le traían recuerdos de un tiempo en el que él aún no había nacido.

¡Curioso! Era algo misterioso y muy placentero a la vez. Pero esas melodías se habían dejado de tocar, o se tocaban ya de manera muy distinta; ahora se disputaban quién las tocaba más deprisa, aunque al hacerlo ya no se pudieran bailar ni entender.

Desde luego, en la Aldea las cosas eran muy diferentes a las historias que contaba Gerardo. Si un hombre pescaba tres truchas en el río para cenar la familia, siempre había otro que quería pescar muchas más, solo por decir que él era mejor pescador, aunque en poco tiempo dejaran el río sin peces. Con los bueyes ya no se negociaba; se les hacía trabajar de sol a sol a cambio de casi nada, para tener más cosecha que el vecino; y así con todo. Se obsesionaron tanto en correr y en competir unos con otros que hasta en las cosas más triviales todos se miraban como rivales. Puesto que todos los adultos lo hacían, también los niños aprendían a hacerlo desde bien pequeños al ver a sus mayores. Solo cuando un acontecimiento especial ocurría, como el nacimiento de un niño, o la muerte de un ser querido, los corazones de los aldeanos se volvían más sensibles a la alegría y el dolor propio y ajeno, y se emocionaban como antes. Pero esto les duraba poco.

Contaba también Gerardo que desde tiempos inmemoriales una extraña maldición se había instalado sutilmente en la aldea. Aseguraba que la maldición se había ido apoderando poco a poco de las mentes y los corazones de los aldeanos, día a día, año tras año, generación tras generación, sin que ellos se dieran cuenta, hasta hacerles perder el alma.

—En algunos lugares a la maldición la llaman pereza, en otros envidia, en otros orgullo, vanidad, avaricia, y algunos nombres más, pero en el fondo de todos esos rostros ocultos está el miedo y la desconfianza, hasta de nosotros mismos. Sólo los bebés, los niños, algunos ancianos y algunos animales perciben la maldición con claridad —decía Gerardo—. Y es tal la fuerza silenciosa de la maldición, que una vez que las personas crecen y se habitúan a ella, la

propagan sin saberlo por donde quiera que vayan, y hasta los niños la contraen. Sólo al acercarse a la vejez, y por la misma razón misteriosa, de sus corazones suele desaparecer la maldición, y algunos hasta recuperan el hábito de ir a conversar con el río, los árboles, las rocas, los pájaros, el viento, y todo cuanto habita en el bosque.

Como era de esperar, aunque Adrián nació con el corazón abierto y el alma intacta como todos los niños, al vivir entre adultos se fue habituando a sus costumbres y con el tiempo dejó de escuchar a su corazón y también perdió su alma. Así pasó los largos, aburridos y tristes años de su adolescencia. Incluso llegó a dudar si realmente alguna vez había hablado con el bosque, o era su imaginación que le engañaba.

En uno de sus solitarios paseos por el bosque llegó por primera vez y sin saber cómo, a uno de los parajes más maravillosos y que a menudo mencionaba Gerardo como un Lugar Sagrado. Era como si ya hubiera estado allí antes, aunque no recordaba cuándo. Le asaltó la misma sensación que le evocaban algunas melodías... como si hubiera estado allí antes de nacer; era una sensación muy extraña, a la par que bonita. Se sentó a la entrada de una gruta junto a la que crecía un enorme árbol milenario, al pie del cual había una roca que parecía haber sido tallada por una mano invisible. Gerardo decía que tiempo atrás había brotado allí una fuente de agua limpia y fresca, capaz de renovar al instante las energías de quien bebiera de ella. Ahora la fuente estaba seca desde hacía ya muchos años.

En esas estaba Adrián cuando desde el fondo de la gruta le llegó una voz grave, profunda, que salía del mismo centro de la tierra.

—¡Adrián!

Adrián se sobresaltó.

—Adrián, no temas. Soy la voz de la tierra. La roca, el árbol y yo le hemos pedido al viento que te trajera hoy hasta aquí. Te necesitamos igual que tú nos necesitas a nosotros.

Adrián no daba crédito a lo que escuchaba.

—Bienvenido de nuevo —saludó el gran árbol vibrando desde las raíces hasta la última de sus hojas.

La roca saludó a Adrián girando lentamente sobre sí misma como una bailarina y de una pequeña grieta comenzó a brotar un agua fresca y limpia que la mojó y la hizo brillar como antaño.

—Podrás beber de mí siempre que lo necesites —dijo con su voz de agua.

Adrián, aunque desconcertado al principio, sintió una gran alegría en su interior. La tristeza y el miedo que le habían acompañado durante años empezó a desvanecerse y en su lugar apareció una sensación de pertenencia, paz y confianza.

La gruta habló:

—Hace mucho tiempo que ningún hombre venía por aquí. La última vez que estuvieron se llevaron todos los diamantes y piedras preciosas que encontraron en mi interior y que con tanto mimo había tallado y protegido durante toda mi vida.

La roca habló:

—Después de que los hombres hubieran ensuciado las aguas del río, vinieron aquí con carros cargados de bidones y los llenaron con el agua que corre bajo esta tierra. Desde entonces mi fuente se secó y no volvió a brotar el agua que alegraba y calmaba la sed de los animales y plantas de por aquí.

El árbol también habló:

—A mi hermano, que era aún más alto y más fuerte que yo, que servía de abrigo a muchos animales y sabía todos los secretos del bosque, lo talaron solo para contar sus anillos y saber qué edad tenía.

Adrián sintió pena al saber de los dolores del bosque. Se quedó en el lugar durante un tiempo. Era como reencontrarse con viejos amigos después de años sin verse. El árbol le ofreció frutos dulces y jugosos con los que alimentarse, la fuente agua pura para

saciar su sed y la gruta le sirvió de cobijo durante la noche y los días de frío. Se sentía bien allí.

Después de un largo y reconfortante sueño, una mañana soleada la gruta le habló:

—Adrián, has de volver a tu aldea.

—¿Cómo?! ¡Ni hablar! No pienso volver al lugar donde perdí el alma. Ya nada me une a la maldita aldea. Ahora que he aprendido de nuevo a escuchar con el corazón, no quiero perderlo.

—Nunca perderás lo que aquí estás recordando. En ocasiones te sentirás perdido y asustado como antes, has de saberlo, pero debes caminar hasta la aldea y permanecer allí. Algún día sabrás porqué y para qué.

—¿Por qué he de hacerlo?! ¿Por qué?! —gritaba Adrián entre enfurecido y asustado.

Hubo un lago silencio por respuesta. Tras un tiempo indefinido, el árbol dejó caer una semilla del tamaño de una nuez que golpeó sobre la cabeza de Adrián y rodó hasta detenerse frente a sus pies.

El viejo árbol volvió a hablar:

—Esta es mi semilla, Adrián. De una semilla así nací yo; en ella habitaba mi esencia de árbol, la forma y el color de mis hojas, el tipo de fruto que daría, hacia dónde debía extender mis raíces para encontrar humedad... todo lo que necesitaba saber dormía en su interior. De esta nueva semilla crecerá, cuando llegue el momento, un nuevo árbol tan alto y fuerte como yo. También él alimentará y cobijará a muchos animales y del mismo modo algún día arrojará sus semillas sobre la tierra.

A Adrián le gustaba escuchar la voz del bosque desde muy niño. Le conectaba con su verdad primera y todo cobraba sentido; ahora lo recordaba.

El árbol continuó:

—¿Quién eres tú, Adrián? ¿Y cuál es tu esencia de hombre?

—¿Mi esencia de hombre?

Se hizo otro silencio más largo que el anterior.

Como la primera vez, sonó la voz grave y profunda de la gruta:

—Has de volver a la aldea, Adrián. Es importante que vuelvas a la aldea y aprendas a vivir entre los hombres sin dejar de escuchar a tu corazón y al bosque.

—¿De qué servirá que yo aprenda a escuchar a mi corazón entre los hombres si he de seguir sus absurdas costumbres? ¿De qué servirá que yo cuide y escuche al bosque si ellos no lo hacen? No quiero volver a la aldea. No me siento bien entre los hombres —replicó Adrián.

Conforme hablaba y recordaba, su corazón se entristecía.

La fuente se limitó a decir:

—Confía, has de hacerlo y sabrás hacerlo.

Adrián enmudeció. Lo que la gruta le pedía le parecía imposible. Todo el cuerpo, comenzando por la manos y los pies, fue perdiendo calor hasta quedarse helado. Estaba muerto de miedo. ¡La aldea le traía tan malos recuerdos!

La gruta se cerró, la fuente se secó y el árbol sabio no volvió a dar fruto.

Adrián se resistía a abandonar el lugar; allí había recuperado la alegría de vivir después de muchos años.

La sed, el frío y el hambre hicieron que Adrián, poco a poco, echara de menos la aldea; se acordaba de los guisos y el pan caliente que horneaba su madre; del calor de la lumbre junto a su hermana cuando entre los dos echaban al fuego un tronco de leña que su padre había cortado. Esos recuerdos le gustaban... y al mismo tiempo sentía miedo de volver a estar entre la gente; no en vano, con ellos aprendió a perder el alma y temía perderla de nuevo.

Aunque no quería, Adrián decidió regresar. Durante el camino de vuelta, las preguntas del árbol resonaban en su mente: —¿Quién eres tú, Adrián? ¿Cuál es tu esencia de hombre?—. Cuanto más se

acercaba a la aldea, mayor era su miedo. El recuerdo de las palabras de la fuente le ayudaban a seguir adelante:

—Confía, has de hacerlo y sabrás hacerlo.

Le vinieron recuerdos de su niñez... las animadas conversaciones con Gerardo en la plaza sobre las leyendas del bosque y las bellísimas melodías antiguas. Recordó que de pequeño no era el único niño que hablaba con el bosque; también sus amigos lo habían hecho, aunque con el tiempo, como todos en la aldea, perdieron la costumbre. Resultaba que todo el mundo, en algún momento de sus vidas, había practicado el lenguaje del bosque y por tanto había estado muy en contacto con su corazón. Sintió que realmente, tanto él como las demás personas de la aldea, no eran tan diferentes. Nacían con un corazón frágil —quizás esa era una de sus esencias de hombre— y se endurecían para protegerlo. Creyó descubrir que de ahí surgía la maldición y así se transmitía. Cada corazón cerrado se vengaría cerrando otros corazones. Cada corazón abierto, se alegraría de compartir con los corazones de alrededor.

Cuando llegó a la aldea, tenía tanta sed que lo primero que hizo fue ir a beber agua a la fuente de la plaza. Cuando se vio allí de nuevo, le invadió un miedo tan grande como su sed. Una vez saciado, se sentó y observó a algunos aldeanos que cruzaban con prisa de un lado para otro. En la aldea todos se conocían y, al verlo, lo saludaron:

—¡Hola Adrián! ¡Me alegro de verte! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!

A Adrián le sorprendió descubrir que el terror que tenía de estar entre los hombres se iba esfumando poco a poco. Ya no los veía como una amenaza, sino como a iguales.

Empezó a sentir el hambre atrasada y se dirigió a casa del panadero. Conforme se acercaba, el miedo volvió a instalarse en su cuerpo. Hubiera podido llegar con los ojos cerrados, sólo guiándose por el delicioso olor a pan, tortas, empanadas y dulces recién

hechos. En cuanto Adrián abrió la puerta, el panadero le ofreció un pedazo de torta aún caliente que olía tan rico como sabía.

—Vuelve pronto Adrián, ¡me alegro de verte!

El trato con el panadero no había sido una amenaza para él.

A los pocos días de llegar, descubrió con sorpresa que empezaba a sentirse bien en la aldea y hasta le gustaba hablar y relacionarse con la mayoría de los aldeanos. Siempre había algún quisquilloso que era mejor evitar, claro, pero eran los menos. Pudo darse cuenta de que ahora, en su interior, había más comprensión que antes y que era un buen antídoto contra la maldición que inevitablemente también a él le rondaba. Pero su vivencia era muy diferente ahora.

Una tarde, mientras veía a los niños jugar en el patio del colegio como él hiciera, recordó cuánto le gustaba, después de jugar con sus amigos, dirigirse al bosque y sacar su flauta de caña del bolsillo para transformar en melodías las frases del bosque. Recordó con emoción la tarde en que su abuelo le enseñó a fabricarse una flauta con una caña del río y como soplarla para hacerla sonar.

Recuperó la costumbre de pasear por el bosque con su flauta y crear melodías. En uno de esos paseos escuchó que la voz del bosque le decía:

—Adrián, nosotros te enseñamos en su día cómo mover tus dedos sobre los agujeros para conseguir melodías. Con el mismo placer les enseñaremos a los otros niños, como lo venimos haciendo desde que el hombre habita la tierra.

Al instante supo lo que debía de hacer. Se dirigió al río, seleccionó las mejores cañas y empezó a fabricar flautas. Las probó y retocó durante días; unas tenían el sonido agudo y otras grave, pero todas sonaban dulces como la miel. Cuando las hubo acabado, las fue dejando repartidas por el bosque: algunas cerca del río, otras en un claro, otras junto a las fuentes, otras sobrepuestas a las piedras... De esta forma los niños que quisieran aprender a tocarlas y no supieran fabricarlas, las podrían encontrar. El bosque les enseñaría el resto.

No pasó mucho tiempo hasta que desde diversas partes del bosque empezaron a llegar alegres melodías. Poco después las melodías se respondían y entretejían unas con otras, o sonaban como un coro de ángeles.

Dicen las gentes del lugar que desde entonces y hasta hoy siempre ha habido niños, adultos y viejos que gustan de ir al bosque con sus flautas, violines, trompetas y toda clase de instrumentos y que a la aldea llega el sonido de una nueva sinfonía cada tarde.

*Todos tenemos un mundo mágico y hermoso
por dentro, solo nos falta encontrarlo.
Este cuento va dedicado a aquellas personas
que me han ayudado a encontrarlo.*

LA BÚSQUEDA INEVITABLE

LUCÍA ROSA VALERO MORENO

Hace muchos años donde las princesas se peinaban el pelo y los caballeros cazaban dragones, nació Luz y su hermano pequeño Gus.

Luz y Gus se criaron en una casa vieja hasta que un día conocieron a Mar, quien se los llevó a su casa y los crió como hijos; también tenían un hada, Dol que era el cariño y el amor, y un elfo, Jess que era la seriedad y obediencia. Todos cuidaban de ellos.

Luz era una niña con instinto guerrero y sobreprotectora de su hermano al que defendía de todos los males y daños que pudieran existir.

Un día, mientras jugaba por el bosque, se cruzó con un niño, que se llamaba Paul, se hicieron grandes amigos y vivieron muchas aventuras; los tres juntos pasaron su infancia.

Los años transcurrían y Luz se convirtió en una chica de 16 años, que quería ser libre y vivir sin pensar en las consecuencias de sus actos y eso la convertía en desobediente.

Un día discutió fuertemente con Jess y se fue de casa muy enfadada. Su lugar de reflexión era el bosque. Al cabo de un rato decidió volver, pero Jess ya no estaba.

Mar, Dol y Gus le contaron que un hechicero se lo había llevado. Luz llamó a quienes les habían criado desde pequeños y fue

en su búsqueda, Gus quiso acompañarla, pero no lo dejó, alguien tenía que cuidar de la familia.

Luz comenzó su búsqueda y en el camino se cruzó con Paul, discutieron un rato para que la acompañara. Iniciaron la marcha y durante su recorrido se cruzaron con un dragón y los lobos se arrojaron contra él para defenderla, pero al ver lo asustado que estaba ordenó que pararan. Con mucho cuidado se acercó y con una voz dulce le preguntó que a quien buscaban, el pobre dragón no sabía nada pero accedió a ayudarlos y volaron sobre el bosque. Pronto encontraron una cabaña abandonada en lo más profundo, donde aterrizaron.

De repente el dragón se transformó en el hechicero que buscaban, Luz estaba confundida, cuando consiguió hablar le preguntó por Jess y le rogó que se lo devolviera.

El hechicero se hacía llamar Muerte, y le explicó que él no podía hacer lo que pedía pero le dio la opción de llevarla donde estaba Jess, ella accedió sin pensarlo pero el viaje lo tenía que hacer sola. Luz se despidió de sus tres lobos y les ordenó que volvieran a casa; también tuvo que decir adiós a Paul, que no lo aceptó pues habían sido grandes amigos desde pequeños y nunca se separaron. Finalmente se fue sabiendo que no la volvería a ver nunca más, pero Luz sabía que él siempre estaría a su lado.

Muerte le mostró un pequeño agujero en la tierra donde comenzaba su viaje. Cuando entró sintió algo que nunca antes había sentido, miedo, un miedo tan real que le paralizó el cuerpo y le bloqueó la mente. Tras una pequeña pausa se apresuró a salir de ahí.

Al fin logró salir. Se encontraba en un lugar paradisíaco, un prado con río y altas montañas rocosas, grandes árboles y un cielo nublado pero que no impedía que los rayos de sol penetraran, era su lugar soñado.

Luz comenzó a caminar y se encontró con un pequeño escarabajo, le explicó lo que sucedía, y el escarabajo quiso acom-

pañarla. Entonces se acordó que el viaje tenía que hacerlo sola, el escarabajo, entristecido por no poder acompañarla, le contó que para seguir la búsqueda debería encontrar un diente de dragón, en agradecimiento le dio un regalo, una pequeña piedra brillante y de un color claro.

Buscó y buscó por todos lados, debajo de las piedras, sobre los árboles, en las cimas de las montañas y en las profundidades del río, pero no encontró nada.

Desesperada decidió abandonar. Lloraba de tristeza al no poder encontrar a Jess, pocas veces había llorado en su vida, era tan fuerte que solo lo hacía cuando sentía que perdía alguien de verdad. Tanto fue lo que lloró que sus manos se inundaron de lágrimas que se transformaron en un diente de dragón. Luz tenía los ojos tan llorosos que no lo vio hasta que cerró las manos con fuerza y se cortó. Cuando sintió el dolor abrió tanto los ojos que pudo ver el diente del dragón.

De repente se sintió con mucha fuerza y energía, pero no sabía qué hacer con el diente del dragón. Mientras caminaba por aquel paraíso iba observándolo hasta que se cruzó con un dragón, desconfió, pues ya la habían engañado una vez pero ahora le resultaba amigable por lo que se acercó y lo saludó, el dragón comenzó a llorar. Luz le abrazó y le preguntó por qué lloraba y él le contó una historia. Hacía muchos años que cruzó el agujero y conoció a una niña, se hicieron grandes amigos, pero un día tuvo que volver y le regaló uno de sus dientes para que nunca se olvidara de esa amistad. También le dijo que podría volver a encontrarlo cuando ella comenzara a recordar.

En ese momento Luz lo recordó todo y reconoció en aquel dragón a su amigo; también recordó que protegía a su hermano y a ella cuando eran pequeños y volaban por los mundos. Todo había ocurrido antes de conocer a Mar, Dol y Jess.

Luz sacó el diente y el dragón se sorprendió, su antigua amiga

lo había encontrado. Luz muy contenta y nerviosa le contó lo que había ocurrido con Jess y el escarabajo, el dragón le dijo que la llevaría donde estaba Jess. Llegaron a una casa muy pequeña, era la casa más bonita que había visto nunca. En el jardín vio a Jess al que le dio un fuerte abrazo, le pedía perdón y le decía cuánto lo quería; Jess movía la cabeza divertido diciendo que ya lo sabía. Tenían que volver para decirle a la familia que estaban bien y felices pero él les dijo que no hacía falta pues mientras ella lo buscaba, ya había ido y les había contado que estaban bien y que este era su viaje. Luz no quería irse, le había costado encontrarlo y ahora no quería perderlo.

Jess la miró y le contó que aquel dragón era él mismo, que la había acompañado cuando era pequeña hasta llegar a su familia y cuando la encontró se convirtió en un elfo, para que nunca olvidara de donde había venido. También le explicó que donde se encontraba era en su propio corazón y que siempre estaría ahí por lo que, poco a poco, todos acabarían dentro. Luz lo entendió todo y comprendió que aquel dragón aparecería solo cuando realmente lo necesitara, miró a su alrededor y supo que tenía que conocer aquel paraíso, que era su mismo corazón, y quien vivía ahí.

LA VOZ

INMA NACHER RUBIO

Erase una vez una niña llamada Leia que vivía en un poblado situado en el corazón del bosque encantado. A Leia le entusiasmaba adentrarse en el bosque y volar con los Niyabs. Los Niyabs eran seres voladores con grandes alas, su piel era dura y áspera y una cresta de pelaje multicolor les recorría toda la espalda.

Una tarde volvía a casa llena de barro, era la hora de la cena y toda la familia estaba reunida en el salón. Leia llegó apresurada, con la fuerza de la electricidad recorriendo su cuerpo, entró en la habitación acompañada de un aire de felicidad, saludó y les dijo:

—He conseguido montar al Niyab más grande de la manada. ¡Ha sido alucinante! Como quien ve el mar por primera vez y además se baña en él.

—Que has dicho? —preguntó su madre, mostrando cierta preocupación.

Su padre no dijo nada, simplemente la miró y Leia pudo advertir en su rostro reflejos de enfado e ira. Unos segundos más tarde, dijo de forma contundente:

—Te prohíbo que vuelvas al bosque y que vuelas con ningún Niyab.

—Pero papá —protestó Leia—...Pero papá... nada.

—Lo que debes hacer es ir a la ciudad y estudiar las medicinas ancestrales de todos los reinos, ese es tu deber. Mira a tu hermana, mañana parte a la ciudad. ¿Me has entendido?

Leia corrió desconsolada hasta su habitación, no quería ir a la ciudad, ni estudiar las medicinas ancestrales, y eso fue lo que hizo. No se marchó a la ciudad, se quedó en el pueblo, pero estudiando todo sobre las medicinas ancestrales. Un día mientras ordenaba unas muestras de plantas, sentada en su escritorio, entre tarros, papeles y libros, miró por la ventana, atardecía y los últimos rayos de sol bañaban el campo, y entonces pasó un gran Niyab volando, con sus grandes alas extendidas. Y Leia sintió en lo profundo de su ser que eso era lo que ella quería hacer:, volar. Y de nuevo intentó hablar con sus padres.

—Dejadme ir al bosque, quiero ir allí y entrenar con los Niyabs.

—No Leia, tu lugar está aquí.

Se fue desconsolada a su habitación, lloró y lloró hasta que se durmió.

Al día siguiente despertó, abrió los ojos, miró al techo de su habitación y zas, sin saber de dónde venía, una idea inundó su cabeza, ¿cómo no lo he pensado antes? —se preguntaba—. Se levantó de un salto y bajó apresuradamente a la cocina donde estaban todos desayunando.

—Tengo una idea. Iré a estudiar las medicinas ancestrales al Monte Rojo con la bruja Alexia —dijo—. A su madre no le hizo mucha gracia pero su padre lo veía de otro modo. Finalmente aceptaron y, tras hacer una comida en la plaza del pueblo para celebrar su despedida, marchó rumbo al Monte Rojo. Dos días de camino y llegó a la casita de Alexia. Se hallaba a los pies de la montaña, mimetizada entre las paredes del Monto Rojo. Tras unos frondosos arbustos se escondía una pequeña puerta redonda fabricada con madera de olivo, y decorada con hermosas flores. Cuando estaba a punto de tocar la puerta con su nudillo...

—¡Querida! —exclamó Alexia—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué haces por aquí?

—Hola Alexia. Vengo con la ilusión de que me acojas en tu casa y estudiar contigo las hierbas medicinales del Monte.

—Mmm, eso me parece bien. Y dime, ¿no hay nada más? —preguntó la bruja.

Leia se desplomó sobre una roca y empezó a contarle toda la historia que traía consigo. Alexia la escuchó atenta y al finalizar le contestó:

—¡Ay, chiquilla! Tranquila que hay tiempo para todo, podrás estudiar medicina y volar con los Niyabs. No se lo contaré a nadie, será nuestro pequeño gran secreto.

Y así pasaron los días, las dos recogían hierbas juntas, hacían experimentos y pócimas y, por las tardes, Leia sobrevolaba los bosques con los Niyabs.

Un día Leia empezó a advertir cosas raras en el bosque. Había unos grandes hoyos negros esparcidos por todos lados.

Una noche, después de cenar, mientras bebían una infusión recién preparada sentadas a la mesa con forma de girasol, le contó a Alexia aquello que había observado en el bosque.

—¿Sabes qué es? —le preguntó.

Alexia se horrorizó, durante unos segundos sus ojos dejaron entrever historias de miedo.

—Creo que hablas de los Fesnos, —dijo Alexia soltando un gran suspiro y dejándose caer sobre la silla, como si quisiera huir a otra parte a través de ella.

—Fesnos, —repitió Leia.

—No sé qué son, continuó.

De repente se produjo una gran tormenta, viento, rayos y lluvia azotaron el exterior de la casa y, en un abrir y cerrar de ojos, el fuerte viento abrió puertas y ventanas y un ser alto, grande y con una larga capa negra irrumpió en la habitación. Alexia, muy rápida

y astuta, movió la mesa para proteger a Leia y se enzarzó en una fuerte lucha con él. Lucharon y lucharon pero finalmente el Fesno se llevó a Alexia. Leia quedó agazapada debajo de la mesa con mucha tristeza y miedo. Cuando dejó de llorar y retornaba a ella una pizca de calma, se percató de unos golpecitos que provenían de la cocina, se incorporó y caminó hasta allí. Estaba todo revuelto, pum, pum, pum, sonaba el interior de un cazo boca abajo. Se acercó y lo levantó, un diminuto ser alado apareció de allí dentro.

—¡Madre mía, qué agobio! Te ha costado un buen rato, pero me has encontrado —refunfuñó al principio, aliviando el tono después.

—¿Quién eres? —preguntó Leia asombrada.

—Soy tu voz —dijo contenta y satisfecha la mariposa. He venido a por ti, tenemos que regresar al poblado, coge aquello que necesites y volvamos —explicó apresuradamente.

—¿Mi voz? Pero si yo ya tengo voz. Además no pienso volver al poblado.

—Tenemos que volver, el peligro acecha, vienen tiempos grises.

—No quiero volver. —Y calló.

Al cabo de unos minutos, alzó la mirada hacia aquel ser mariposa, la observó y pensó en su propia testarudez, reconoció su error y la paciencia de la pequeña voladora. Así que, recogió en una bolsa el primer manual de las plantas, agua, algo de comida y partieron hacia el poblado.

Al amanecer del segundo día se adentraron en la aldea hallando a su paso un ambiente frío y semblantes tristes. La muerte temprana que llevan consigo los Fesnos había azotado el poblado.

Llegó a casa, se dio cuenta de cuánto amaba a los suyos y cuánto la amaban a ella. Saludó a todos y empezaron a contarse historias increíbles que habían acontecido durante este tiempo.

De repente, se produjo una gran tormenta, el cielo se volvió gris y todos se escondieron. Leia y la voz se cobijaron en el hueco de

la chimenea. El viento soplaba en todas direcciones, abrió puertas y ventanas y, de pronto, oyeron una melodía que venía del exterior. Sonaba tan bien que Leia, encandilada por la canción, salió a la calle. Se plantó en medio de la calzada a los pies de un Fesno, su respirar era muy fuerte. Era un ser alto, gris, con grandes garras y cubierto por una larguísima capa negra aterciopelada. Se detuvo cerca de él, inmóvil. El Fesno le dio un zarpazo y la hirió gravemente en el vientre. En ese momento, un gran Niyab apareció por los cielos del poblado llevando consigo al Rey Volador. Tras un hábil movimiento, cogió a Leia y salieron volando. Sobrevolaron el Monte Rojo, el Puerto de Rocas, la Montaña Dorada y descendieron hasta la Cueva del Camino. Dicen las voces del bosque, que una vez que entras en ese lugar empiezas a construir tu propio camino.

Una vez allí, el Rey Volador quiso curar a Leia, primero encendió el fuego, la arropó entre sus brazos y ambos conciliaron el sueño. A la mañana siguiente Leia continuaba sangrando, estaba débil, casi sin poder abrir los ojos. El poder del calor no había cerrado las heridas, más el Rey Volador no tenía más medicina a su alcance. Entonces, en un momento de lucidez, Leia empezó a murmurar. El Rey Volador se acercó a ella y Leia le susurró al oído:

—Junta tres hojas de laurel, un puñado de tomillo y flores de estepa blanca. Esta noche, cuando brille la luna, hierve todos los ingredientes juntos y añade tres gotas de sangre de jabalí, esa será mi fuerza.

El Rey Volador partió hacia el bosque y al cabo de unas horas, volvió con todo listo para preparar la medicina ancestral. Al caer la noche preparó la infusión, incorporó a Leia y poco a poco le dio de beber hasta la última gota. Después, se durmieron abrazados junto al fuego. Los días que vinieron trajeron nuevos vientos y así fue como El Rey Volador enseñó a Leia los distintos tipos de viento, cómo volar Niyabs en cada uno de ellos y lo que traían consigo. Leia empezó a construir instrumentos musicales de viento, y le enseñó a

tocar el corazón sin tocarlo. Cuando estuvo totalmente recuperada volvieron al poblado, Leia descendió del Niyab y se despidió del Rey Volador. Llegó a casa, todos estaban muy contentos al ver a Leia recuperada. Ella se quedó en casa charlando con familia y vecinas. Mientras aquello ocurría, las desgracias seguían azotando el poblado. Inesperadamente, otra tormenta emergió del cielo, el viento empezó a soplar en todas direcciones, puertas y ventanas abiertas, muebles por el suelo. Leia y la voz se cobijaron otra vez en la chimenea. Y, como en el sueño de la marmota, otra vez, una melodía preciosa empezó a sonar desde fuera, Leia ya estaba a medio camino hacia la calle cuando la voz empezó a gritar:

—¡No vayas, no vayas! Tienes que tocar otra melodía.

Leia, como saliendo de un estado hipnótico, abrió bien los ojos, cogió hilos, papel del horno, un trozo de madera que había por el suelo y rápidamente construyó un instrumento de viento, llenó sus pulmones con una profunda inspiración y comenzó a sonar una bella melodía. Y mira por donde, los Fesnos encontraban este sonido aterrador, emitían gritos muy agudos y se tapaban las orejas. Volaron muy lejos de allí. Y así fue, como los Fesnos se marcharon y no volvieron jamás al bosque encantado. Para celebrarlo, el poblado estuvo tres días de fiesta, bailaron, comieron y oraron todos juntos en las calles del poblado. Al terminar la celebración, Leia se despidió con abrazos y besos de la familia y partió a construir una cabaña en el bosque.

“AHORA TE TOCA A TI”

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias que ocupan seis volúmenes, no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas y haz un esquema de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

“ÉRASE TU VEZ”

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: “Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...”

Transformado a cuento podría ser: “Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción, nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació (aquí pones un nombre de resonancias principescas). Cuando su madre la vio lloró de alegría (cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia” que entonces el cuento sería muy diferente), sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...”. Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

En este anexo os vamos a compartir alguno de los ejercicios que hicimos en el taller para que os hagáis una idea de cómo es el trabajo. Solo os mostraremos el resultado de alguno de ellos, sin la autoría, ya que lo interesante es cómo se resuelve una misma cosa con miradas diferentes.

Ejercicio sobre el desierto: Vas caminando por un desierto árido y muy caluroso. Te cuesta avanzar, cuando ya estás al límite ves a lo lejos un oasis magnífico, parece de un cuento de las mil y una noches. En el centro del oasis hay una fuente natural de agua fresca y cristalina donde te puedes refrescar y beber agua...

Ahora le planteamos a los participantes que acaben la historia y éstas son algunas de las cosas que escribieron:

UNO. Este oasis es la recompensa por continuar y no rendirme ante las dificultades. Quiero que otras personas que se encuentran en el desierto sepan que hay algo más que arena. Construyo una gran torre y cada noche enciendo una hoguera que sirva de faro a las almas y les indique adonde dirigirse. Saben que alguien ha encendido la luz y se acercan a ella al sentirla más cerca cada noche. La cuidan entre todos los que van llegando al oasis. Cada uno

cuenta su historia a los demás y con cada persona que llega se hace una celebración, por los siglos de los siglos...

DOS. Me detengo, me siento agotada, mis pies arden de mil fuegos porque la travesía la he hecho descalza. Tengo el rostro curtido por el sol y las manos llenas de llagas. Me derrumbo junto al agua. ¡Estoy salvada! Ha sido difícil pero ha valido la pena. Sabía que ese oasis estaba ahí, aunque nadie me creía. Respiro. Me acuesto en el suelo y miro el cielo. Sonrío. Me doy la vuelta y miro el agua. Está ahí, por fin. Lloro de alegría al ver sus cristalinas aguas donde el sol se refleja tenue. Con gran esfuerzo me pongo de nuevo en pie, me acerco al agua, miro mi cara reflejada en ella. Sonrío. Me desnudo y entro en el agua. Para siempre.

TRES. Y llegué al oasis. Fue tanta la satisfacción que no pude evitar llorar. Bebí agua fresca que tanto anhelaba y me acosté en medio de aquel lugar maravilloso. Lo había imaginado muchas veces, pero era más bonito aún. Pensé en el duro viaje, en las noches frías y en los días que no reía. También pensé que ya nada de eso volvería a ser.

CUATRO. Llegué a un lugar lleno de colores, aromas, sonidos que se me antojaban arrullos que me acunaban; colores que me invitaban a seguir mil caminos, a encontrar otros tantos recovecos, refugios y rincones; aromas que me llevaban a las más jugosas y succulentas frutas, a los más sabrosos manjares... Todo, agua, aire, fuego y tierra parecían fundirse entonando al unísono una misma danza, una misma canción. Y así fue como nació yo.

Otro ejercicio consistió en lo siguiente:

Desciendes por un río, vas en una pequeña barca y atraviesas con dificultad los rápidos y los meandros del río hasta que desembocas

en un plácido lago. Te sientes en paz contigo, el mundo es armonioso y entonces...

UNO. Y entonces adviertes entre los matorrales de la orilla una puerta pequeña, redonda como el sol. Te acercas a ella impulsando la barca con los remos suavemente y cuando estás a punto de tocar el pomo de la puerta... ¡zas! Una mariquita abre rápidamente...

—¿Qué te trae por aquí? —dijo aquel ser diminuto.

Tú estás alucinada. ¡Una mariquita hablándote! Tenía las cejas prominentes, ojos grandes y una boquita chiquitita. Después de guardar unos segundos de silencio le digo:

—¡Hola! Venía río abajo y he llegado hasta aquí... hay una sensación de paz inmensa... y entonces he descubierto esta puerta...

DOS. Te sientes en paz contigo y con el mundo y entonces es cuando en realidad comienza la aventura. Decides que eso de dejarte llevar por el río estuvo genial en su momento porque en los rápidos te hiciste más fuerte y al final estás justo donde querías estar, sin proponértelo. Al mismo tiempo quieres aprovechar esa paz y ese río tranquilo para bajarte de la barca y decidir tú la ruta que quieres trazar. Construyes una choza a orillas del río, le dedicas mucho tiempo y cariño. Quieres albergar ahí a muchos animales del bosque que te encontraste por ahí y que están heridos como tú lo estuviste en su momento. Te dedicas a cuidarlos con gran esmero y puedes ayudar a sanar a algunos, otros no pues están demasiado heridos. Aprendes a aceptarlo. Un día sales a pasear por ese amado bosque, abrazas a los árboles que te han hecho compañía durante tantos años, te acuestas en el suelo y te cubres de tierra. Regresas a la choza que ya no es tuya porque le pertenece al mundo, das besos y abrazos a cada uno de los animalitos, te desnudas y te sumerges en las aguas de ese cristalino río y te fundes en él porque es ahí donde en realidad perteneces.

TRES. De la arena asomaba un pequeño cangrejo que me miraba con cara rara. Intenté tocarlo pero desapareció en la arena. Me levanté para investigar aquella isla. Era muy tranquila, nada que ver con las películas, había muchos árboles y en el absoluto silencio se podía escuchar a los cangrejos pisar la arena, a los peces saltar en el mar, a las hojas moverse y a los diferentes pájaros que habitaban aquella isla.

Noté que alguien me seguía, corrí y me escondí detrás de un cocotero, me asomé y vi al cangrejo de antes. Me acerqué con cuidado para que no se asustara y nos miramos un buen rato hasta que habló: —Me llamo Doky. ¿Qué haces aquí?

Le conté que había naufragado y no sabía cómo volver a casa. Me propuso quedarme una temporada en la isla y que no tuviera prisa en irme porque en ese lugar nadie estaba perdido. No le entendí pero decidí quedarme allí para saber cómo era aquello.

CUATRO. Y entonces... ¡Quiero nadar! ¡Es tan bello este lugar! Pero ¿estará fría el agua? ¿Qué tipo de criaturas habitarán estas aguas? Escucho grillos y ranas, pero ¿y si vive aquí un dragón dormido y con mi chapoteo lo despierto? ¡Ah! ¿Y si hubiera nutrias? ¡Me encantaría verlas! Sería tan emocionante verlas nadar a mi lado... pero ¿y si hay sanguijuelas o pirañas? ¡Qué horror!

Sería mejor si pudiera volar, se ve todo tan claro, tan limpio a través del aire, bajo la luz del sol... Voy a observar y a escuchar un momento... Respiro... Me gusta este sitio. Voy a quitarme un zapato y meter el pie en el agua a ver qué pasa... ¡Mmmm, está fría! Pero me apetece esta sensación... a ver, ahora el otro. Puedo meterme en el agua agarrada a la barca para poder subir de un salto si noto algo raro... Tenía que haber mirado en Google si en este lago estaba permitido el baño... ¡Ahí voy! ¡Nadando estoy! Un aguilucho me acompaña en su vuelo. ¡Ojalá pudiese yo volar también! ¿Qué habrá tras esas colinas?

CINCO. Y entonces, tras un rato de tranquilidad me doy cuenta que un gran barbo me observa con una sonrisa... ¿Lo estaré imaginando? Pero no es mi imaginación, porque el barbo saca su boca del agua y me dice:

—Hola amigo, contigo ya sois cinco los que habéis llegado hasta aquí esta semana. ¿Qué tal te ha ido tu viaje hasta aquí?

Dejo a un lado mi incredulidad y le contesto como si le conociera de tiempo.

—Pues lo cierto es que lo he pasado bastante mal en un tramo rocoso, pensé que la corriente no me dejaría salir del remolino que se formó alrededor mío, pero con astucia y fuerza pude empujar la roca y conseguí salir.

—Ya puedes estar tranquilo que la corriente feroz se quedó atrás. Ahora hay un tramo muy suave hasta llegar a aquellas colinas, podrás ir a la orilla y beber cuanto quieras. Antes de llegar al mar atravesarás unas enormes pozas oscuras, no temas, escucha la dulce música que sale de las cuevas de alrededor pero no abandones la barca, sigue remando y llegarás al mar. ¡Ah y saluda a mi amiga la lubina al llegar!

Esta primera edición de “La aldea sin alma y otros cuentos” se acabó de imprimir y encuadernar en mayo de 2018.

El curso “Érase tu vez” se imparte regularmente, si tienes interés en participar puedes mirar fechas y lugares donde se imparte en la web

www.espacioparacontar.com

En este volumen se han reunido los cuentos que cinco personas han creado a partir del taller “Érase tu vez”, en su segunda edición. Reflejan sus vidas, sus dolores y alegrías, sus miedos y aventuras pero, sobre todo, su valentía continua en el arte de vivir.

Francisco Javier Susarte Almodóvar, Inma Nacher Rubio, Aida Pontes Balanza, Verónica Agurto Mejía y Lucía Rosa Valero Moreno demuestran en este ejercicio que es posible vivir para contarlo porque merece la pena el cuento.

El taller se realizó en Murcia los días 16 al 18 de marzo de 2018, en la Casa de la Piedra.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-948135-2-8



978-84-948135-2-8